



## CAPÍTULO XVIII

Pamplona desde el siglo XIII hasta nuestros días. — Memorias de la antigua Catedral hasta su ruina en 1390. — Dos Felipes y dos Carlos. El obispo Barbazan. — El privilegio de la Unión

CON la destrucción de la Navarrería veían destruídas también sus esperanzas los interesados en el rompimiento de la unión de los cuatro barrios, obra laboriosa del reinado de don Sancho el Fuerte. La Unión quedaba deshecha, pero el ascendiente del partido afrancesado se consolidaba. El ingerto de la noble savia de Champagne en el poderoso tronco de Capeto estaba llamado á dar á la corona de Navarra, no inmediatamente, pero sí en lo venidero, muy espléndidos florones, acaso no del todo gratos al partido nacional, que hubiera deseado frutos genuinos de la tierra nativa. Desde luego el enlace de D.<sup>a</sup> Juana con el primogénito de Francia hacía temer que en cuanto Felipe el Hermoso ocupase el trono de San Luís, Navarra sería un

estado más agregado al Dominio-Real, como el de Champagne y Brie, como el del Franco Condado, como la Marche y el Angoumois, como Viviers y Lyon, y como el hijo de Felipe el Atrevido se proponía que lo fuese también la Guyenne. En vano traban alianza ofensiva y defensiva D. Alonso de Castilla y don Pedro de Aragón, moralmente vencidos en la guerra civil de Pamplona, para invadir y partirse el reino de Navarra: incorporada ya ésta á una gran monarquía, sino de derecho, de hecho, no habrá por mucho tiempo fuerzas humanas que de ella la separen, y participará de todas sus vicisitudes en la próspera y en la adversa fortuna, sin convencerse de lleno el partido nacional ó navarro que de la prosperidad que su país alcanza es en gran parte autora una nación que le es poco simpática por su carácter y por ser vecina.

Aún no del todo extinguido el fuego de las discordias intestinas, se ve el reino comprometido en otra guerra de ajenos intereses por la afrenta que el aragonés infiere en Sicilia al rey Carlos, hermano de San Luís y tío de Felipe de Francia, teniendo que tomar las armas contra Aragón y entrar unida con los franceses hasta la Valdonsella; pero afortunadamente la campaña termina sin otro resultado que la toma de Lerda, Ul, Filera y Salvatierra por las tropas de D.<sup>a</sup> Juana, y todo lo demás se reduce á robos é incendios. — La revuelta é interesante historia de la época durante la cual Felipe el Hermoso y sus cuatro consecutivos sucesores, hijos tres de ellos, y otro nieto, ciñen juntos las coronas de Navarra y de Francia, apenas ofrece para nosotros particular atractivo: tan extraños son á Navarra estos cinco reyes, importantísimo alguno de ellos en el cuadro de la formación de la gran monarquía francesa, que ni siquiera se toman la molestia de venir á coronarse á la catedral de Pamplona, donde por fuero y costumbre debía verificarse tan solemne acto, prestando en él el juramento que la nación exige antes de alzar sobre el escudo al nuevo rey. D. Felipe el Hermoso — más conocido en el mundo europeo, revuelto por sus contiendas con la

Santa Sede, con los aragoneses y sicilianos, con los flamencos y los ingleses, bajo el nombre francés de Philippe *le Bel*, y atento, más que al cumplimiento del pacto que le liga con los recelosos vascones, á los gigantescos proyectos que absorben todo su genio político, como son el aniquilamiento del poderío feudal y la constitución de un *poder público*, la extinción de los derechos feudales de los Papas, y la disolución de la prepotente Orden del Temple — no se cura de venir á Pamplona á recibir de los tres Estados del pequeño reino pirenaico la que para éstos es quizá la más gloriosa corona del Occidente, y se corona con su mujer en Francia, quebrantando el antiguo Fuero. Allí termina sus días, sin haber apenas puesto los piés en sus dominios de España, entregados al gobernador Alfonso Robray; y allí muere su mujer D.<sup>a</sup> Juana, tan ajena como él al país navarro, siendo enterrada en el convento de San Francisco de París, en cuya ciudad había fundado el célebre *colegio de los Navarros*, única prenda de afectuosa memoria á la tierra que no debió nunca haber abandonado. — Tampoco creía necesario Felipe el Hermoso que se coronase en Pamplona su hijo Luís *Hutino*, cuando fué éste llamado por las cortes de Navarra á suceder á su madre D.<sup>a</sup> Juana. Alegaba su propio ejemplo como razón para que no viniese acá el nuevo rey, que contaba á la sazón 14 años de edad; sin embargo, el reino insistió en que se observase el Fuero, y el de Francia, por no disgustarle, envió el niño Luís á que fuese coronado y prestase el debido juramento. Visitó entonces el nuevo monarca los pueblos principales del reino y les juró sus fueros particulares; pero tampoco permaneció en Navarra mucho tiempo, si bien el que acá estuvo le proporcionó la pequeña gloria de haber humillado sus tropas á las de Aragón en los campos de Sangüesa y Aybar. — Ocurrió que, ocupado don Jaime II de Aragón en las guerras de Italia y Sicilia, que Felipe el Hermoso atizaba, pugnando ambos contendientes por el triunfo de sus parientes respectivos, miró la venida de Luís á Navarra como una estratajema de su padre para distraerle de aquella

empresa, é inmediatamente guarneció sus fronteras; pero los vecinos de Petilla, pueblo de Navarra confinante con Aragón, comenzaron á hostilizar á sus vecinos, so pretexto de que los aragoneses querían conquistarlos, y ambos países se levantaron en armas por aquella parte sitiando los aragoneses á Petilla. Los de Sangüesa, á cuya merindad correspondía el pueblo, pidieron socorro al rey adolescente que estaba recorriendo la Baja Navarra; envióles la caballería de su guardia, y con su auxilio expulsaron á los contrarios, después de una acción muy sangrienta, persiguiéndolos hasta cerca de Sos, y quedando en el campo más de dos mil aragoneses y muchos navarros, entre ellos ochenta de Sangüesa. Irritados con esto los del reino vecino, y reunidos en mayor número, pasaron el río Aragón por el vado de San Adrián y ocuparon el valle de Aybar, saqueando y destruyendo cuanto encontraban: lo mismo hicieron luégo en las comarcas de Olite y Tafalla; y ya se retiraban triunfantes con su botín á repasar el vado, cuando los de Sangüesa y Aybar, emboscados en la otra parte del río, cayeron sobre ellos de improviso, trabándose una batalla reñida, de la que escaparon pocos aragoneses. Murieron en ella más de cuatro mil, muchos ahogados en el río; de los de acá, sólo de Sangüesa quedaron en el campo ciento veintiseis. Todo el botín cayó en poder de los navarros.—Aún conservan los de Sangüesa el estandarte real de Aragón ganado por sus vecinos. Antiguamente sacaban este trofeo en las procesiones públicas: un aragonés osado quiso recobrarle; preparóse con un buen caballo, en paraje á propósito, al tiempo de desfilar la procesión: arremetió de improviso, arrebató el estandarte de manos del que lo llevaba, y echó á correr con él; pero los de Sangüesa emprendieron detrás, y habiendo tenido la desgracia de caer con el caballo, murió hecho pedazos.

Estaba Luís *Hutino* en Urroz cuando le llegó la noticia de la victoria de Aybar, y al mismo tiempo la orden de su padre el rey de Francia que le obligó á marchar para no volver jamás

á Navarra. Llevóse consigo al Alférez mayor D. Fortuño Almoravid, á D. Martín de Aybar y á otros muchos caballeros del país; y allá murió en el palacio de Vincenas, cerca de París, siendo enterrado en San Dionisio, como su padre. Acabó muy joven, con sospechas de haber sido envenenado. Nada le debió Navarra, á no ser la carta de población que concedió á Echarri, y la confirmación de sus fueros á Labastida; y en verdad tampoco Francia le debió más que la triste secuela de los males que en sus últimos años le causó Felipe el Hermoso, encarnizado contra los judíos y contra los mercaderes lombardos, y obstinado en la falsificación de la moneda, todo por sórdida avaricia. Luís, sin hacerse tan odioso como aquel, que murió execrado por su crueldad con el Gran Maestre de los Templarios, por los infelices *béguards* y *fraticelli* que entregó á las hogueras, por el suplicio impuesto á Philippe y á Gautier d'Aubray, á quienes hizo desollar vivos como cómplices en el libertinaje de sus tres nueras, una de las cuales—Margarita de Borgoña—fué por su mandato degollada en Château-Gaillard; sin hacer tan aborrecible su memoria, se granjeó también fama de mal rey, porque vendió libertades y privilegios á las poblaciones y obligó á los siervos de sus Estados á comprar su emancipación con descomedidas prestaciones y tributos; y en la violenta reacción que estalló contra los excesos del poder real y de sus protegidos los legistas, que le lisonjaban con las doctrinas del Derecho imperial bizantino, sacrificó cobardemente al superintendente de su hacienda, Enguerrand de Marigny, y á sus consejeros Pierre de Latilly y Raoul de Presles, firmó la famosa *Carta á los normandos*, y devolvió á la nobleza feudal los derechos de que la había despojado su padre.

Felipe *el Luengo* (*Philippe de Long*), hermano de Luís *Hutino*, y sucesor de Juan I, que sólo fué rey los ocho días que tuvo de vida, no tomó la corona en Pamplona. En medio de sus incesantes y graves ocupaciones como reorganizador de un Estado que recibía medio deshecho, y que tenía la misión de reformar y

engrandecer, colocándole á mayor altura que ningún otro Estado europeo, escribió al reino de Navarra una carta en que le decía, que no siéndole posible venir en persona para ser jurado y coronarse, nombrase delegados que pasasen á Francia para aquella solemnidad. El reino, junto en Cortes, no se atrevió con este grave y respetado monarca á insistir en que viniese á coronarse á Pamplona, como lo había hecho con Luís *Hutino*, sino que desde luego, sin hacer protesta ni representación alguna, eligió al Obispo de Pamplona, al Prior de Roncesvalles, al Abad de Leyre y á varios caballeros y diputados de los pueblos, para que pasasen á París con poderes. Llevaron éstos la fórmula con arreglo á la cual había de hacerse el juramento del rey al reino, y del reino al rey; y no se escrupulizó acerca de la estricta observancia del Fuero.—«Nada de notable ocurrió durante este reinado, dice Yanguas (1); procuró y consiguió el monarca hacerse amar de sus vasallos; disfrutaron los navarros de la paz interior por el contento general, y de la exterior por el respeto de los reinos vecinos al poder de la Francia. Todos estos bienes gozaba Navarra en cambio de la renuncia á gobernarse por un rey independiente, casi siempre poco respetado de sus vasallos en los estados pequeños, y expuesto á las asechanzas de los vecinos poderosos.»—Felipe *el Luengo* otorgó cartas de población y dió algunos fueros, como verbigracia á San Cristóbal el de Viana; sólo se mostró cruel con los infelices *agotes* ó *gafos*, cuyos hospitales destruyó para apoderarse de sus bienes, so pretexto de que los *leprosos*—que tal nombre se daba vulgarmente á aquellos—habían cometido crímenes horribles (2).—Luís *Hutino* había dejado el reino encomendado á gobernadores ó virreyes, lugartenientes suyos, que fueron primeramente Guillén de Chaudenay y Hugo de Visac; y más tarde Engarran de Villers, á quien substituyó Alfonso Robray; su hermano Felipe *el*

(1) En su *Historia compendiada del reino de Navarra*.

(2) V. nuestro capítulo XII, al final.

*Luengo* conservó en el gobierno de Navarra á Robray hasta el año 1319, y después transfirió el virreinato á Ponce de Morentaina, vizconde de Aunay; pero el *Hutino* había nombrado un consejo para que asistiese á los dos virreyes en la reforma de los abusos de la administración pública, y en esto no le imitó su hermano.—Murió D. Felipe, ó Philippe *le long*, en Francia, en 1321, y fué enterrado en San Dionisio, como su hermano y su padre.

Sigue á este rey Carlos el Hermoso (Charles *le bel*), á quien quisieron mortificar los navarros llamándole *el Calvo*. Era hermano de Luís y de Felipe, y conde de la Marca. Como rey de Francia, hizo cosas buenas y malas: derogó las inhumanas ordenanzas del reinado anterior contra los judíos y los leprosos; fué severo con los jueces prevaricadores y con los señores que cometían actos de tiranía y pillaje, testigo Jourdain de l'Isle, señor de Gascuña, á quien mandó ahorcar; sostuvo enérgico la guerra llamada *de los bastardos* contra ciertos magnates gascones de dudosa progenie, que le salteaban sus estados y se guarecían con la protección de Inglaterra; pero llevado de la codicia, ó de las urgencias de su Tesoro, imitó los desaciertos de sus antecesores en la alteración del valor de la moneda, en las exacciones á los mercaderes lombardos, y en las reyertas con los Papas por negarse Juan XXII á excomulgar al emperador Luís el Bávvaro.—Como rey de Navarra, nada de particular hizo, porque ni siquiera fué acto suyo, sino del virrey Ponce de Morentaina, el conceder á Espronceda en 1323 el fuero de Viana; como al virrey ó gobernador corresponde también el desaire de haber sufrido los navarros en Beotivar una dura lección de los guipuzcoanos. Fué el caso que habiendo señales de turbación en las fronteras de Castilla, ya fuese suscitada por los mismos navarros disgustados de su dependencia de la Francia, ó por espontáneo movimiento de los castellanos, esperanzados de hallar escasa resistencia en vasallos descontentos, el gobernador vizconde de Aunay acudió con armas á la parte de Guipúzcoa,